

Marietta



Fernando Olavarria Gabler



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 154552. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.

Marietta

Fernando Olavarría Gabler

Marietta era una hermosa niña de diez años de edad. Era una muñeca viva, y sus padres la amaban con ternura, porque además de hermosa, era hija única.

Su madre, la condesa de Tacoalto, mantenía en un alto nivel económico a la familia porque su padre tenía una fábrica de zapatos, y el padre de Marietta, el conde Lindoro Gnomopanzarriba, por su alto linaje, era bueno para hacer nada y se desplazaba en un mundo de alto nivel social gracias al dinero que llegaba a su mansión proveniente de la fábrica de zapatos de su suegro.

Marietta, además de ir a un colegio, recibía educación privada en su hogar, porque sus padres habían contratado a una institutriz para que le enseñara francés, italiano y alemán y le reforzara los conocimientos de inglés que la niña recibía en el colegio. Tantas clases de idioma mortificaban a la niña ya que casi no tenía tiempo para jugar o regalonear con su mamá.

Su institutriz, la señorita Débora Snake R., además de las lecciones de idiomas le enseñaba buenos modales, cómo comportarse en la mesa y saludar y despedirse de las personas mayores. Su larga figura siempre erguida, hacía juego con su carácter estricto y su decisión constante de no perdonar falta alguna, ni de ella ni de los demás.

Toda esa tiesa imagen de la señorita Débora se derretía en presencia del señor conde. Ante él, Marietta la veía sonreír y ondularse con femenina gracia hasta tal punto que más bien parecía una joven adolescente en una playa tropical y no una fría solterona.

Cuando después de almuerzo la niña se quedaba a veces semidormida durante las clases de alemán, la señorita Débora con sus largas y afiladas uñas le daba un pellizco en un antebrazo para hacerla entrar a la realidad y entre un pellizco y otro Marietta hacía esfuerzos para aprender y no odiar tanto a su institutriz; pero eso era imposible.

Para Marietta, era una mujer adulatora, hipócrita y zalamera. Debido a las condiciones de su carácter le había puesto el sobrenombre de Culebra Encantadora.

La encantadora culebra le enseñaba a diario que la vida no era como la niña quisiera que fuese sino según sus normas.

A mediodía, cuando sus compañeras y compañeros del colegio salían de clases, un grupo de ellos solían caminar alegres por las calles experimentando el goce de una sana libertad transitoria. Cuando invitaban a Marietta y ésta estaba dispuesta a acompañarlos, en esos precisos instantes llegaba el largo limousine del señor conde, guiado por un chofer con gorra con visera y al lado la señorita Culebra Encantadora que, con una amable y fría sonrisa, la invitaba a subirse atrás y una vez cerrada la puerta por el chofer, el vehículo partía suave y velozmente en dirección a la casa de Marietta.

Marietta, furiosa, lloraba sentada en el centro del asiento y

veía a través de las ventanillas del automóvil cómo sus jóvenes amigos le hacían señas con las manos.

-¡ Adiós Marietta! ¡Mañana nos vemos en el colegio! ¡Adiós!

Culebra Encantadora estaba cada vez más exigente y la niña, las únicas horas que tenía de descanso, eran cuando se iba a la cama y se quedaba dormida.

Con la cara apoyada en la almohada recordaba los días felices cuando era más pequeña y la institutriz aún no había llegado a su hogar.

Cuando era pequeñita le gustaba usar el cabello largo, hasta los pies. Su madre la mimaba y la hacía peinar por dos hermosas nodrizas, con un peine a la derecha y otro a la izquierda y al frente mandaba colocar una escala de tijera por donde subía un enano lindamente vestido de rojo que le peinaba las chasquillas con una fina peineta.



En eso estaba pensando cuando se elevó por los aires y voló por encima de los techos de las casas y de los árboles.

En el horizonte el Sol se escondía en el mar y el cielo celeste se tiñó de púrpura y un suave color rosado.

Las nubes oscuras, allá lejos, se transformaron en maravillosos vellones de oro.

La niña ascendió vertiginosamente hacia el firmamento. En esos instantes salía la Luna por encima de las montañas y era luna nueva, como un brillante gajo de naranja.

Una multitud de peces plateados saltaban sobre las aguas como si estuvieran despidiéndose de Marietta antes de partir en un larguísimo viaje.

La niña alcanzó a ver un inmenso tentáculo que salía de entre las olas y le decía adiós con un lento latigazo para luego sumergirse en el mar.



Marietta no vio más que eso y no pudo discernir de qué se trataba.

-La próxima vez que me bañe en la playa, pensó, tendré más cuidado de no meterme tan adentro donde revientan las olas, para así no encontrarme con ese tentáculo tan grande que sin duda debe pertenecer a un monstruo marino.

Culebra Encantadora estará feliz de que yo me moje solamente los pies, no más arriba de los tobillos. Pero no. Me zambulliré en la espuma y si hay algún monstruo por allí cerca, será mi amigo. Sí, porque se despidió cariñosamente de mí cuando me divisó allá abajo.

Pero, concentrémonos en lo que estoy haciendo. ¿Qué estoy haciendo? Estoy volando por el cielo negro lleno de estrellas. Sí, en realidad no es tan oscuro porque las estrellas iluminan el firmamento. ¡Qué maravillosa está la noche! ¡Y cuántas estrellas hay! No sabía que

fueran tantas. Es imposible contarlas. Dejemos esto para los astrónomos. Tengo la impresión que nunca dejarán de contarlas. Sí. Las estrellas son incontables; podríamos decir que son infinitas, y el universo ¿tendrá fin? Si no tiene fin nunca llegaré, pero ¿adónde pienso que voy a llegar?

Y Marietta voló por entre las estrellas en el negro firmamento. Voló, voló y voló. No sé cuánto, hasta que tocó con ambos brazos extendidos, una pared. Trató de eludir este obstáculo dando sin éxito numerosos revoloteos, como pequeños saltos, pero siempre llegaba a lo mismo.

Se detuvo a descansar, pensó que esa pared de azabache, e inaccesible, podría ser el límite del universo.

Estoy metida dentro de una inmensa esfera donde pululan y brillan incontables estrellas. Esta esfera está cubierta por un cascarón negro y he chocado contra él. Es inútil seguir adelante se dijo la niña.

De pronto vio una luz en la pared que no titilaba como estrella. Era una luz fija y tenía la apariencia de una puerta. Se acercó a ella y pudo constatar que era un umbral luminoso que dejaba salir una luz blanca maravillosa.

Marietta se acercó cautelosa a esta entrada y desde el otro lado oyó una voz que le decía:

¡Pasa!

Y pasó...

Al otro lado se encontró con un hermoso jardín que se continuaba con un verde valle que se perdía en el horizonte. En el jardín, delante de ella, había una muralla con numerosos nichos de cristal transparente. Los nichos no poseían reja ni puerta alguna y en cada uno de ellos había un conejo de un colorido diferente a los otros. Todos comían diversas verduras y miraban a la niña sin dejar de mover



sus pequeños hocicos.

Marietta contemplaba fascinada a todos estos conejos de colores tan llamativos. Los había verdes, anaranjados, azules, rojos, lilas, amarillos, en fin, de todos los colores que puedas imaginar.

-¿Qué buscas? preguntó uno de los conejos.

-¿Estoy en el cielo? preguntó la niña.

-No seas ridícula, contestó el conejo. En el cielo hay misericordia. Aquí en el Valle de la Perfección no conocemos esa palabra.

-¿Tú, no te llamas Alicia, no?

-No- respondió la niña.-Me llamo Marietta.

-Lindo nombre, comentó el conejo sin dejar de mascar.

Aquí no está el conejo de Alicia. Supongo que eres un personaje de otro cuento. ¿Es así Marietta? Si no lo eres, no importa. Lo que importa es el tiempo que disponemos, encasillados cada uno

en su lugar, tenemos permiso para salir según nuestro color, a su debido tiempo.

Los blancos salimos a las doce, los azules a las trece, los rojos a las catorce y los amarillos a las dieciséis horas.

-¿Quién sale a las quince? preguntó Marietta.

-¿A las quince horas? ¿Alguien sale a las quince? preguntó el conejo en voz alta.

¿Nadie?

No hubo respuesta.

Entonces puedes salir tú, niña, y apresúrate porque falta un minuto para las quince horas.

Cuando oigas tres campanadas, ya no podrás, aunque lo desees, ir a parte alguna y te quedarás clavada en el suelo como un árbol.

- Pero ¿adónde voy?, preguntó la niña angustiada.

-Puedes elegir entre la Quebrada de los Relojes o el Lago de los Flamencos, pero antes debes de pedir la autorización al Viejo Loco Sabio que vive en su propia oficina. Para ello tienes que correr por ese camino que está frente a ti, pero no debes correr indefinidamente porque llegarás al mismo lugar donde estás parada. Te encontrarás con un cruce de caminos y debes doblar en ángulo recto hacia la derecha, después a la izquierda, posteriormente dos veces a la derecha, una a la izquierda, tres veces nuevamente a la derecha y finalmente lo encontrarás. Es inconfundible: Es viejo, está algo chiflado y es muy sabio. Trata de no decir al revés su nombre, pero no creo que eso le importe.

¡Adiós niña! Corre si no deseas convertirte en poste o algo parecido.

Marietta vio que más allá del jardín había un camino que se perdía en el extenso valle. Era un camino muy recto como si hubiera

sido trazado con un lápiz y una regla.

Corrió muy de prisa y de pronto oyó tres solemnes campanadas. Entonces se quedó estática y muda de terror. Estaba justo en el cruce de los dos caminos descritos por el conejo, pero se había olvidado de las instrucciones de cómo doblar. Primero a la derecha balbuceó luego dos veces a la izquierda y luego ... ¡Oh! ¡Qué voy a hacer! No sé cómo seguir. Entonces se dio cuenta de que podía hablar y por lo tanto no estaba convertida en un árbol ni en poste. Decidió girar y caminar hacia la derecha pero una voz imperiosa le dijo: ¡Alto! ¿Tienes permiso para girar? La niña se quedó estática tapándose con las dos manos su boca abierta, y mirando de reojo hacia el centro del cruce de caminos pudo ver algo recto y alto como un palo, pero no era un palo sino un altísimo compás. Sus dos patas estaban clavadas en el centro y abriendo una de ellas la puso en el nacimiento de la otra calle.



-El tránsito en este cruce está bajo mi tutela, dijo el compás. Dime pequeña niña : ¿Piensas girar noventa grados a la derecha o a la izquierda? Si deseas continuar tu camino debes girar en ciento ochenta grados y si deseas volver te autorizaré para que gires en trescientos sesenta grados. Ahora bien, si no sabes girar yo te enseñaré. ¿Sabes ballet? Cuando giran las bailarinas es algo parecido, lo importante es mirar siempre a un solo punto para no marearse.

-Yo pienso ir hacia la derecha, dijo Marietta, algo más repuesta del susto al cerciorarse de que el compás la trataba con cordialidad y deseaba ayudarla.

-Pues bien, prosiguió el compás, estira tu pierna derecha y gira hacia la derecha tu pie izquierdo levantando las manos con gracia. Así es. Muy bien. Avanza ahora por el camino que tienes al frente; llegarás a la oficina del Viejo Loco Sabio. Allí darás los datos necesarios para que puedas continuar en la ruta.

La niña se alejó del cruce pausadamente con las manos en alto, después caminó rápido, bajó las manos y empezó a correr.

Se sentía feliz corriendo por ese camino en el verde valle que estaba cubierto ahora por hermosas flores. Una gran dicha la embargaba y tenía deseos de coger algunas florcillas que crecían en el borde del camino pero se acordó de Culebra Encantadora. Al pensar en su rostro severo se arrepintió y siguió corriendo dando brincos para que nadie se diera cuenta de que había sido tentada para hacer una travesura.

Llegó a una pequeña casa de madera cuyas ventanas tenían postigos con corazones, y del techo, hecho también de tejas de madera, sobresalía una chimenea de rojos ladrillos. La puerta estaba abierta y al acercarse la niña, un anciano que estaba adentro de la casa sentado en un cómodo sofá, le dio la bienvenida.

-Entra Marietta y siéntate al lado mío, la invitó el anciano.

Marietta entró y saludó con una linda genuflexión.

-Qué niña tan hermosa y educada exclamó el viejo. En esos momentos un gato que estaba a los pies del viejo calentándose frente al fuego de la chimenea, arqueó su lomo, estiró la cola y clavó sus uñas en la alfombra.

Un pequeño perro blanco, también echado cerca del fuego, ladró y movió su pequeña cola.

-Mis amigos te dan la bienvenida, dijo el anciano. ¿Cuéntame, qué te trae por aquí?

Marietta no sabía qué contestar y tartamudeando respondió que estaba volando entre las estrellas y llegó donde unos conejos que la enviaron hacia el cruce de caminos donde un compás...

-Ah, sí, dijo el viejo. Esos conejos y el compás viven en un mundo lleno de reglamentos y limitaciones: “Prohibido esto y lo otro. A cierta hora aquello. No debes fallar jamás.” Un pequeño error y

simplemente te sentirás que lo has hecho todo mal.

Te diré una cosa, el perfeccionismo es bueno pero no en forma exagerada y el otro extremo es peor aún. Es necesario un agradable término medio. No es recomendable ser tan perfeccionista como esos conejos o como desea la señorita Débora que tú seas, pero tampoco es sano ser un anarquista.

-Un anarquista, repitió la niña. ¿Qué es un anarquista?

-Un anarquista, dijo el viejo, es ... Bueno, no te diré la definición exacta porque no la vas a entender, pero es una persona que va en contra de todo lo establecido. Aquí tenemos un anarquista en el Valle de la Perfección, es el cucú de la Quebrada de los Relojes. Al pobre lo tienen relegado allá, en esa quebrada, para que se dé cuenta de lo que es el tiempo.

-¿Dónde queda esa quebrada?, preguntó Marietta.

-Ah, veo que tienes interés en conocer esa famosa quebrada.



Allí el tiempo está estático en millones de años, mientras infinidades de relojes de todo tipo, la mayoría ordinarios, de latón, que fueron viejos despertadores en tiempos pasados, marcan las horas exactas. En medio de todo eso verás una casita donde un cucú anuncia la hora cuando se le antoja y con las campanadas que se le ocurren en ese momento.

Si las manillas del reloj marcan las once, él se asoma siete veces por la puertezuela gritando cucú, cucú, por supuesto, y pobre de alguien que lo corrija. Se enoja, te llena de insultos, cierra la puerta con estrépito y no sale en el resto del día. Pobrecillo, lo compadezco. Ha tenido serios problemas familiares. Nunca conoció a sus padres. Ellos lo dejaron en forma de huevo en un nido ajeno. Sus padres adoptivos lo criaron creyendo que era un polluelo perteneciente a ellos y una vez crecido picoteó a su hermanastro hasta derribarlo del nido y quedar él solo para que lo alimentasen. Como puedes darte

cuenta es un asesino y un egoísta pero él no tiene la culpa de ser así. Siempre hay una explicación para la conducta del malvado.

-¿Qué se podría hacer por él? Preguntó la niña, impresionada por lo que había escuchado.

El cucú no tiene remedio -expresó el viejo- pero sí, ese hecho nos invita a una lección. Aquí en este mundo al cual has llegado, a nadie se le perdona sus pequeños defectos y los habitantes de este valle no se han dado cuenta de que todos tenemos pequeños o grandes defectos. Siempre las cosas feas están junto a las cosas buenas. Tenemos que amar a todos los seres que nos rodean, tal como son y no despreciarlos con sus defectos, sean estos grandes o pequeños.

He sabido que no miras con agrado a un compañero tuyo en el colegio porque es cojo y a una niña en tu curso, porque ella es bastante fea y tú hermosa, percibes la envidia que siente ella hacia ti, y mejor no hablemos de la señorita Débora la pobre hace lo mejor que puede en

cumplir lo que le han encomendado. Te diré una cosa. En estos momentos ella está muy triste porque no te han podido encontrar y la han eliminado de su empleo como institutriz.

-¡Oh! ¡Debo regresar!, exclamó la niña angustiada. ¡Pobre señorita Culebra Encantadora, la han despedido por mi culpa!

-No te aflijas, dijo el viejo. Todo se arreglará. ¿Quieres tomar una taza de té conmigo?

La niña aceptó la invitación. El viejo trajo una pequeña mesa, puso dos tazas de té, una tetera, un azucarero y un plato con panecillos. Sirvió el té en las tazas e hizo que Marietta se sentara en una pequeña silla que ella misma acercó a la mesa.

-Este té es compartido y en familia, dijo el viejo. Debes de darle un panecillo al perro y al gato. Al perro dáselo en la boca y al gato, lánzasele a la alfombra para que no te rasguñe la mano.

La niña tomó el té con esa agradable compañía. Todos comían

en silencio. El perro en esos momentos estaba comiendo la migajas del panecillo que el gato había dejado sobre la alfombra y el micifuz le daba suaves manotazos al perro en la nariz con las uñas escondidas.

Marietta contemplaba esta escena y entonces se atrevió a preguntarle al amo:

-¿Por qué te dicen Loco Viejo Sabio?

-No, no me dicen así, respondió el anciano. Me dicen Viejo Loco Sabio, pero el orden de los factores no altera el valor del producto. Me da lo mismo que me digan de cualquier manera, Sabio Viejo Loco o Viejo Loco Sabio o Loco Viejo Sabio o Loco Sabio Viejo o, se acabó el té ¿quieres más panecillos? Ve a esa alacena y sácalos de ese tarro de galletas ; el perro y el micifuz desean más y yo también.

La niña llegó a la alacena y mientras sacaba más panecillos meditaba en las cosas que le había dicho el viejo.

-¿Por qué me has dicho todas esas cosas? -se atrevió a

preguntar. Pero el viejo no le contestó. Después de un buen rato mientras le daba más panecillos al perro y al gato, le dijo a la niña:

-Todo lo que te he dicho te será útil cuando seas más grande. Te acordarás de este Viejo Sabio que lo creen loco en este Valle porque no sigue los reglamentos al pie de la letra como se estipula aquí.

Se hace tarde, dijo el Viejo Loco Sabio. Si deseas visitar la Quebrada de los Relojes tienes que hacerlo de día.

La niña se despidió del anciano y se dirigió por un sendero que bordeaba un bosque y bajaba por una quebrada. En el fondo de ella, encontró esparcidos en el suelo, múltiples pedazos de piedra laja en cuyas superficies estaban grabadas unas figuras similares a caracoles. Son hermosas y extrañas y parecen tener miles de años - pensó la niña. Entre ellas estaban los relojes que había descrito el anciano. Había de diferentes tamaños y formas. Predominaban los de aspecto cilíndrico con una gran campanilla o dos en la parte de arriba.



En la pared rocosa de la quebrada había un reloj cucú y Marietta adivinó de inmediato que esa era la casa del anarquista.

Todos los relojes marcaban en esos momentos las 6:30 pero los punteros del cucú indicaban las 11:00. De pronto la puertecilla del reloj se abrió bruscamente y empezó a sonar el cucú dando siete campanadas. Después de esto, la puertecilla y el cucú que había aparecido intermitentemente, quedaron inmóviles con el pajarillo asomado mirando fijamente a la niña.

-¿Sabes qué son esas piedras?, preguntó el pajarillo. Son amonitas. Son caracoles que no han vivido hace miles de años atrás como tú pensaste, sino millones de años. Cuatrocientos cuarenta y cinco millones de años, para ser más exacto. ¿Te imaginas cuánto son cuatrocientos cuarenta y cinco millones? ¿Qué edad tienes?

-Diez años - respondió la niña.

-¿Diez? Entonces puedes imaginarte la edad de estas piedras si

multiplicas tu edad por cincuenta millones.

-¿Te queda claro?

¿No? A mí tampoco.

Dime niña ¿por qué me has venido a visitar? ¿Te mandó el Viejo Loco? ¿O los conejos? ¡Qué animales más estúpidos! Lo único que saben es comer y estar encasillados en sus habitaciones de cristal. Se sienten felices así con sus reglamentos de salida y llegada. El Viejo Loco me es más simpático. Dice cosas muy sabias que en un principio es difícil de entenderlas porque las consideras que ya las has oído antes pero cuando las aceptas en la profundidad de tu corazón puedes cambiar hasta tu modo de vida. Me cae simpático el viejo. Mándale saludos si lo ves nuevamente.

Atardece y siento frío. ¿Has visto un crepúsculo en el Lago de los Flamencos? Es realmente muy bonito a pesar de lo tontas que son esas “avesuchas”. Si deseas visitarlos sigue por este camino de la

quebrada que baja a otro valle.

Diciendo esto el cucú cerró la puerta súbitamente sin siquiera despedirse de Marietta.

- Es un cucú bastante mal educado, pensó la niña, por lo menos debería haber dejado despedirme yo de él.

Marietta continuó su camino por la quebrada hacia abajo. Llegó a un extenso valle rodeado de lejanas montañas. En el centro del valle había una gran laguna donde estaban cientos de flamencos.

El espectáculo era magnífico y la niña sin miedo alguno se acercó a la orilla para observarlos más de cerca.

Los flamencos empezaron a agitar sus alas y luego se pasearon frente a la niña con los picos metidos en el agua, luego todos levantaron el cuello y uno de ellos le dijo a Marietta: -Somos muy disciplinados. Nos gusta volar en una inmensa bandada, entre más grande mejor y tenemos nuestros propios reglamentos. Es necesario



volar con la cabeza y el cuello bien estirados como también nuestras patas. Entre la punta de nuestros pies y el pico del vecino que viene volando atrás, debe haber exactamente diecisiete centímetros y medio. Entre la punta de un ala y la punta de la otra, cuarenta y siete centímetros, y entre ...

-¿Pero cómo pueden hacerlo si son tantos?, interrumpió Marietta.

- Cada uno hace las cosas a su manera -replicó el flamenco. Dime niña ¿cómo doblas las rodillas? ¿Hacia adelante o hacia atrás?

Marietta se quedó un rato en silencio porque se imaginó cómo estaba arrodillada en misa los domingos cuando iba con sus padres.

-¡Hacia adelante!, respondió presurosa.

- Hum, dijo el flamenco, ¿y las pantorrillas?

- Hacia arriba.

- Bueno, bueno, extraño estilo. . .

Cada uno hace las cosas a su manera, repitió el flamenco. Nosotros echamos las rodillas hacia atrás y nuestras patas hacia delante. Es lo más conveniente, lo más indicado para meter nuestro pico en el agua y alimentarnos de camarones y algas.

Cuando salen a jugar en los recreos en tu colegio ¿vuelan los niños a las mismas distancias que nosotros?

La niña en esos momentos observaba el hermoso plumaje rosado del flamenco y lo admiraba con gran gozo.

El flamenco se dio cuenta de la agradable sensación que había causado su color y batiendo sus alas se alejó algunos pasos y se unió a la bandada. ¡Adiós pequeña niña! ¡No te olvides en los recreos de volar según nuestras medidas!

Atardecía. La enorme bandada de flamencos levantaron sus cuellos y caminaron al unísono. Después, todos echaron a volar y se confundieron en el horizonte con el maravilloso color del atardecer.

Marietta se quedó sola frente al lago. Había llegado la noche y hacía frío. Las estrellas aparecieron en el cielo.

De pronto la niña oyó incontables pequeñas voces que la llamaban por su nombre:

-¡Marietta! ¡Marietta! Abre tus brazos y ven hacia nosotras. No te quedes allí parada en la orilla.

Marietta levantó los brazos y se elevó por los aires. Voló hacia las estrellas que la llamaban.

-Debería haber arrancado esas florcitas que crecían en la orilla del camino para llevárselas de regalo a la señorita Débora, pensó la niña mientras volaba con los brazos abiertos.

Como una estrella fugaz atravesó el firmamento y llegó a su cama.

Despertó en la mañana y se levantó para ir al colegio.

Culebra Encantadora no había subido aún a despertarla para

que se diera un baño, tomar desayuno y partir al colegio en la limousine de papá.

Se levantó de la cama y bajó por la escalinata hacia los aposentos de la señorita Débora. Cuando estaba cerca oyó unos reprimidos sollozos. Abrió la puerta y encontró a su institutriz vestida y sentada en el borde de la cama. Al lado de ella había dos maletas.

-¡Señorita Débora!, exclamó la niña, ¿por qué está llorando?

-¿Qué te habías hecho mi pequeña?, balbuceó la señorita Débora entre sollozos. Ya no estaré más contigo. Me han despedido porque no he sabido cuidarte.

La niña la abrazó con ternura.

No te vayas, le dijo, yo te quiero mucho. Te he traído estas pequeñas flores de regalo . . .

Esa mañana la niña llegó feliz al colegio. Sentía un goce interior que la invadía entera. Mientras viajaba en el automóvil, le

pareció ver al gato del Viejo Loco Sabio encaramado sobre un tacho de basura y un perro le ladraba desde abajo. A la niña fea y envidiosa la trató con cariño y ella le respondió en la misma forma, y al muchacho cojo le habló con una sonrisa en los labios porque se había dado cuenta de que, a pesar de su grotesca invalidez, el muchacho tenía un alma hermosa. Comprendió y pudo ver desde ese día la belleza de alma de muchas personas aparentemente feas y antipáticas pero con un corazón puro, como el de la señorita Débora. La institutriz no fue más estricta, porque la niña había aprendido todas sus lecciones.

Llegamos al final de esta historia, de la niña Marietta y su institutriz, la encantadora señorita Débora, y nunca más Culebra.

Fin

Las asombrosas Aventuras de Federico y otros cuentos maravillosos.

1. Federico
2. Juanita y el Duende Negro
3. Alejandra y el Brujo de los Calzones Morados
4. Una Vida, Cien Vidas, Infinitas Vidas. El Pato Gordo y el Pescador
5. La Puerta Transparente
6. Mariela
7. Rodrigo y el Hospital de las Brujas
8. El Payaso
9. Un Misterioso Plato de Miel
10. La Gallina de las Tripas de Bronce
11. Miguelina
12. La Caperucita Rosada
13. Tarari Tarará
14. Fortunata y el Príncipe de los sapos
15. Ingrid y los Siete Gansos
16. La Flauta de Oro
17. El Cumpleaños de Cristina
18. Una Voz en el Bosque
19. El Caracol Nacarado
20. Anabella y el Duende Azul
21. Extraño Viaje
22. Pin Pin
23. La Bruja Roja y el Sastrecillo Mentiroso
24. El Caballo Encantado de Viña del Mar
25. La Muñequita
26. El Príncipe Rojo
27. El Valle del Brujo Blanco
28. El Hada Azul
29. La Grandiosa Sinfonía de la Niebla y la Hija de la Música
30. El Baúl de las Hadas
31. La Receta de Cocina
32. Los Invasores
33. Monsieur Le Coucourouch
34. El Gato de Camila y las bellísimas Chinchillas
35. Un regalo para la princesita
36. La Misteriosa casa de Under
37. La Fiesta de la Cebolla
38. La Imagen de la Bruja Elevada a la Séptima Potencia
39. El Duque de la Naranja y la Emperatriz Mandarina
40. Marietta
41. El Salterio Volador
42. Adelina